

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**VENERABLE FRANCISCO MARÍA PABLO,
UN JUDÍO CONVERTIDO, APÓSTOL DE ÁFRICA**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

Francisco María Pablo Libermann.

Padre Laval.

Padre Le Vasseur

Padre Tisserant.

Nueva tentativa.

Su muerte.

Un milagro.

FRANCISCO MARÍA PABLO LIBERMANN

Jacobo Libermann nació el 12 de abril de 1802 en una familia judía en Alsacia. Su padre era comerciante y rabino. Cuando se convirtió, en el momento del bautismo católico, cambió su nombre de Jacobo o Jagel por el de Francisco María Pablo.

De niño recibió una educación judía y tenía odio a los gentiles y al nombre cristiano. Era inteligente y pronto comenzó a estudiar la Biblia y conocer el Talmud con las tradiciones y costumbres judías. En los torneos talmúdicos, que se celebraban, se veía ya en él una lumbrera del saber judío. Su padre se sentía orgulloso de él y pensaba que sería rabino. Para prepararlo, lo envió a la Academia judaica de Metz, después que a sus doce años había sido ya recibido solemnemente en la Sinagoga.

En la Academia judaica estudió francés, griego y latín, sabiendo traducir a Virgilio y Cicerón, a pesar de que el estudio de lenguas profanas era considerado un pecado para los viejos rabinos. Durante su estancia en Metz, se hospedó en una pensión en que vivían algunos jóvenes cristianos y empezó a reflexionar, si realmente su religión era la verdadera. Cayó en el escepticismo, que le generó dudas sobre las verdades que le habían enseñado. Estudió a fondo la Biblia y dudaba de la realidad de los milagros de que se habla en ella, pero nunca perdió la fe en Dios ni cayó en pecados graves.

Era aficionado a la lectura y leía todo lo que le venía a las manos con avidez insaciable. Su hermano mayor, Sansón, se convirtió a la fe católica y para él eso fue una apostasía. Su hermano le pidió que leyera el *Discurso acerca de la historia universal de Bossuet* y le pidió que quedaran siempre como amigos.

Uno de sus condiscípulos le dio a leer el Evangelio, traducido al hebreo. Lo leyó con avidez y le impresionó. Solamente que dudaba de aceptar los milagros de Jesús. Un amigo le aconsejó que visitara a Pablo Drach, cuya fama llenaba entonces toda Francia. Drach era un judío convertido en católico. Jacobo le escribió y quedaron en verse y tener una entrevista en París. Allí se alojó en casa de su hermano Félix, que se había bautizado como católico unos meses antes. Él dice: Me impresionó mucho la felicidad que él tenía en aquellos momentos ¹.

¹ Alves Henrique, *Un judío salvador de la raza negra*, Ed. Mies, Madrid, 1967, p. 31.

Fue a visitar a Drach y después estuvo reflexionando sobre cuál sería la religión verdadera. Y nos dice: *Le pedí a Dios que me iluminase sobre la verdadera religión. En un instante fui iluminado y vi la verdad* ².

A partir de ese momento, tenía un gusto especial en leer todo lo referente a la vida y muerte de Jesucristo y admitía las verdades católicas sin problema, incluso la verdad sobre la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Así llegó a desear el bautismo. Y en la víspera de Navidad del año 1826, el padre Augé, director del colegio Estanislao, lo bautizaba después de haber sido preparado por Pablo Drach. Anota: *Cuando el agua se derramaba sobre mi frente ya no vivía la vida natural, no veía nada y nada oía de lo que pasaba en torno a mí. Eran cosas imposibles de describir. Esto duró una buena parte de la ceremonia. Sentía una fuerza y un valor invencibles para practicar la ley cristiana y un dulce afecto por todo lo relacionado con la nueva fe. Y comencé a amar a la Virgen que hasta entonces había detestado.*

En la misa que siguió a la ceremonia del bautismo, misa de Navidad, empezó a llamarse Francisco María Pablo y tuvo la felicidad de hacer la primera comunión ³. Pablo Drach escribió que en las horas felices que siguieron a su bautismo, al salir de la pila bautismal, prometió al Señor consagrarse a su servicio en el ministerio sacerdotal ⁴. Y en el colegio donde se hizo cristiano comenzó sus estudios eclesiásticos. Fue confirmado en la iglesia de Nuestra Señora de París en la Pascua de 1827, el 15 de abril, juntamente con otros judíos convertidos. El 9 de junio de ese año fueron ordenados 237 eclesiásticos. Entre ellos estaba él, que recibió la tonsura como clérigo. A finales de ese mismo año entro a estudiar en el Seminario de San Sulpicio de París con una beca que le concedió el arzobispo.

Él nos dice: *Pasé un año en ese Seminario practicando mi nueva religión con ardor y alegría. Con todo, no sentí aquel bienestar de que vine a gozar en San Sulpicio. En medio de los buenos ejemplos que me edificaban encontré un joven que me podía hacer mucho mal. Por motivos que nunca pude averiguar me hablaba a cada paso de mi conversión como de una acción que yo practicara indiscreta e irreflexivamente. Me preguntaba los motivos que me habían determinado, combatíalos y a fuerza de burlas, acababa por reducirme al silencio. Mi corazón, sin embargo, manteníase firme y, aunque no supiese explicarle satisfactoriamente los motivos de mi fe, creía sin sombra de duda* ⁵.

² Ib. p. 32.

³ Ib. pp. 33-34

⁴ Ib. p. 35.

⁵ Ib. pp. 37-38.

Su padre, el viejo rabino se enteró de su conversión y de su decisión de ser sacerdote. Le escribió una carta para hacerle reflexionar y que volviera al redil de Israel. Le llora, le suplica, le amenaza, maldice y blasfema. Lloró ante esta carta de su padre, pero exclamó con resolución: No, soy cristiano. Volver atrás sería traicionar a la luz, renegar del divino Maestro y eso no lo haré nunca. En una carta del 3 de agosto de 1846 escribió: *Nuestro Señor me concedió la gracia de resistir a mi padre, que me quería arrancar la fe. Tuve el valor de, antes renunciar a mi padre que abandonar la religión cristiana.* Lo que le dolió fue ver morir a su amado padre en su endurecimiento judío, rechazando la luz y la gracia por cuya conversión tanto había orado y trabajado ⁶.

De pronto se le presentó un obstáculo que parecía insalvable. La víspera del día en que debía ordenarse de subdiácono, estaba en la habitación del director, de pie junto al fuego, conversando tranquilamente cuando de pronto se apoderó de él un temblor nervioso, congestionándosele el rostro y nublándosele la vista. Cayó a los pies del director, la espuma cubriéndole los labios, saliéndole un hilo de sangre de su lengua mordida. Los síntomas era claros: epilepsia. Al día siguiente, ve a sus condiscípulos dar el paso ambicionado y se queda triste, pensando que estaba cerca de ser despedido del Seminario y quedar así en completo desamparo. Escribió: *Los nervios me han jugado partidas poco agradables. A pesar de eso estoy muy contento. Aseguro que nunca fui tan feliz como ahora; tan verdad es que cuanto más amamos a Dios y mejor procuramos servirle, más perfectamente realizamos el fin de nuestra creación. Mi salud ha mejorado, los nervios están más tranquilos. Tal vez nunca llegue a tener esa felicidad de ser sacerdote* ⁷. *A mi enfermedad la considero como un gran tesoro preferible a todos los bienes en los que un verdadero hijo de Dios solo ve lodo y miseria. ¿Teméis que muera de hambre? Dios, que alimenta a las avecillas, ¿no tendrá medios para alimentarme también a mí? Él me ama más que a los pajarillos* ⁸.

Pasó unos momentos difíciles: separado de la familia, maldecido por su padre, víctima de su enfermedad, viviendo en el Seminario de limosna. Lo peor para él era que no se curaba como deseaba, para poder ser sacerdote; y pensaba que más pronto que tarde tendría que dejar el Seminario. A principios de noviembre de 1831 los Superiores le comunicaron que por decisión del arzobispado le había sido retirada la beca de estudios y que tendría que quitarse el hábito eclesiástico y salir del Seminario. Le ayudarían a conseguir un buen trabajo. Pidió que le dijeran el día de su salida y añadió: Entonces consultaré al Señor para saber lo que quiere de mí. Al mundo no puedo volver. Dios ha de

⁶ Ib. p. 43.

⁷ Ib. p. 48.

⁸ Carta del 8 de julio de 1930.

mirar por mí. Tengo la certeza de que no me abandonará ⁹. Los Superiores decidieron enviarlo al Seminario de Issy, casa de campo de los sulpicianos, donde tenían cursos de filosofía y noviciado. Allí estuvo desde fines de 1931 hasta mediados de 1937. Fueron seis años de gran actividad, de caridad y entrega total. Era ayudante del ecónomo, miraba por el cultivo y limpieza de los árboles y alamedas de la finca. Una vez a la semana recorría diligente e infatigable las calles de París para realizar las comisiones del ecónomo y de los seminaristas como comprar libros, objetos de escritorio, aseo, llevar paquetes al correo, etc.

Como era amigo de los empleados, los reunía en la habitación del portero, les enseñaba el catecismo y les daba charlas sencillas para que fueran fervorosos católicos. También daba dos veces por semana catequesis a un grupo de niños pobres. Como enfermero trataba con cariño a los seminaristas enfermos. A la llegada de los nuevos seminaristas, corría a tomar sus maletas y los instalaba en sus cuartos. Todos lo consideraban como un ángel de la guarda.

El 7 de febrero de 1838 estaban reunidos profesores y alumnos del Colegio y del noviciado. El padre Luis invitó a Libermann a hablar sobre el objeto de la fiesta del Sagrado Corazón de María. Apenas empezada la conferencia, cae súbitamente fulminado por un ataque de epilepsia entre convulsiones durante casi una hora. Pasó varios meses sin poder ejercer actividades externas útiles. En una carta del 10 de diciembre de 1839 dice: *¿Qué he sido yo en realidad sino un miembro inútil y hasta muy nocivo para la Congregación?* Estaba pasando una crisis espiritual que le hizo madurar mucho en la fe. Había perdido la esperanza de llegar a ser sacerdote, pero en vez de caer en la desesperanza va buscando resignación y paz interior. Escribió en este tiempo centenares de cartas espirituales que son la admiración de los estudiosos de ascética y mística. Sin ser sacerdote, era el encargado del noviciado y fue escogido para negociar en Roma la fundación de una Congregación misionera que de modo especial debía contribuir a la edificación cristiana del mundo infiel.

En el Seminario de Issy había dos seminaristas que se distinguían entre los demás por su fervor y su celo apostólico. Eran Federico Le Vasseur (natural de la isla de Reunión en el océano Indico) y Eugenio Tisserant (cuya madre era de Haití). Ambos entraron a formar parte de la Archicofradía del Santísimo y del Inmaculado Corazón de María. Los dos el 2 de febrero de 1839 fueron a la iglesia de Nuestra Señora de la Victorias para encomendar a los miles de asociados de la archicofradía, uno a los negros de la isla de Reunión y el otro a los de Haití.

⁹ Alves Henrique, o.c., p. 53.

Le Vavasseur piensa en la evangelización, no solo de los habitantes de la isla de Reunión, sino también de la isla Mauricio y de Madagascar. Tisserant piensa en la evangelización de Haití.

El 28 de octubre, fiesta de los apóstoles San Simón y San Judas, Libermann ofreció la comunión por los pobres y queridos negros y recibió una revelación extraordinaria. Él dice que recibió una luz. Dios le trazaba el camino. Era la vocación a fundar una nueva Congregación de la que sería padre y fundador. El por su parte pide oraciones y consulta a sacerdotes espirituales. El padre Pinault, director de San Sulpicio, le aconsejó dejar a los eudistas y ponerse al frente de la nueva Obra. El 2 de diciembre de 1839 partió hacia Roma para consultar a la Santa Sede. Los primeros meses los pasaron él y su compañero De la Brunière, estudiando y discutiendo las bases del Memorial que debían presentar a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, pero algunos canonistas los desanimaron de emprender esa Obra y el padre De la Brunière se retiró, volvió a París e ingresó en la Congregación de las Misiones Extranjeras y al poco tiempo, partió hacia las misiones de Manchuria, donde murió martirizado en 1846.

Libermann se quedó solo en Roma. Gracias a su amigo Pablo Drach, que le había ayudado en su conversión y era entonces bibliotecario de Propaganda Fide, fue recibido por el Papa Gregorio XVI el 17 de febrero de 1840. El Papa dijo de él: *Será un santo*, pero no aclaró si sería sacerdote. Por fin pudo presentar su Memorial, contando con ocho miembros, solo tres con estudios terminados de teología y ninguno como sacerdote todavía. Pero él confía que, si la Santa Sede aprueba el proyecto entrarán más. Su enfermedad desde hacía ocho o nueve años había disminuido sensiblemente y desde hacía dos años no había sufrido ataques, tomando ciertas precauciones. Se cambió de casa y se alojó en una hospedería para sacerdotes extranjeros de pocos recursos.

En su habitación el mobiliario constaba apenas de una mesa, dos sillas y un viejo lavabo; la cama era un jergón extendido en el suelo, con una manta raída; pendiente de la pared, un cuadro de San Francisco de Asís.

Nadie entraba en el cuarto; él arreglaba y cuidaba de la limpieza; las visitas las recibía en una terraza a la entrada de la buhardilla.

Salía muy de mañana para una iglesia, donde hacía larga meditación, asistía a misa y comulgaba. Al volver a casa, tomaba un café con pan seco. Trabajaba toda la mañana y escribía muchas cartas. Al mediodía tomaba el almuerzo con los huéspedes. Por la tarde salía para tratar de sus negocios o para visitar los santuarios u otros lugares piadosos de Roma; a veces servía de cicerone a peregrinos eclesiásticos. Entonces mostrábase alegre, optimista y

obsequioso en extremo, sin perder su recogimiento habitual. Por la noche no le daban de cenar; comía solamente un bocado de pan, que repartía con las palomas, que también habitaban en la buhardilla. De vez en cuando mendigaba la sopa que distribuían a la puerta de los conventos.

Le admiraban, porque, no siendo sacerdote, recibía tantas cartas y tantas visitas, entraba en las Embajadas, en las Congregaciones romanas, y en todas partes era respetado.

Fue en este tiempo cuando redactó las Constituciones o Reglas provisorias. Sí, contra todo pronóstico humano, esperaba con firmeza que la Santa Sede aprobase su proyecto. Al principio le era penosa, casi imposible, la redacción. Las dificultades comenzaron desde el principio, al buscar un título para la Obra. Le Vavasseur quería dedicarla a la Santa Cruz, y Tisserant se inclinaba por el Sagrado Corazón de María. Libermann dudaba... Hasta que un día, después de una peregrinación a las siete iglesias, se sintió interiormente movido a adoptar la idea de Tisserant. Entonces desaparecieron las dificultades y todo lo vio claro, todo se precisó y se coordinó en su espíritu; redactó con mucha facilidad la Regla provisoria.

Tisserant dijo bien: “La Obra de los Misioneros del Sagrado Corazón de María había de ser verdaderamente la obra de María”¹⁰.

El 6 de junio de 1840, el cardenal Fransoni escribía a Libermann: “El proyecto que sometió a la Sagrada Congregación de Propaganda Fide para la fundación de una sociedad de misioneros destinados a evangelizar los negros y sobre todo en las islas de Borbón y de Santo Domingo, honra mucho su celo por la salvación de las almas y se considera como muy conveniente para la propagación de la fe. Aunque la Sagrada Congregación había resuelto examinar este asunto con más tiempo y reservar para más tarde su aprobación, juzgó, sin embargo, oportuno responderle ya, exhortándole a perseverar con sus asociados en este propósito y a no descuidar nada, cada uno en particular, para responder a la vocación. La Congregación espera que Dios, todopoderoso, le concederá la salud necesaria para poder recibir las Ordenes Sagradas y dedicarse totalmente, con sus colaboradores al sagrado ministerio”.

Es de imaginar la alegría de Libermann al recibir la buena nueva. ¡Roma ha hablado! El muro cayó. Una vez más el cielo recompensaba la fe y la constancia heroica del humilde judío convertido, del Apóstol del África negra.

¹⁰ Ib. pp. 82-83.

¿Sería llamado al sacerdocio? Su salud era delicada, pero hacía ya tres años que no tenía ataques de epilepsia. ¿Encontraría un obispo que le ordenase, con la condición de consagrarse a la evangelización de los negros, tan queridos de su corazón? ¿Y si entregase a otro la dirección de la comunidad en embrión y, cediendo al atractivo de la vida contemplativa y oculta, fuera a terminar sus días en alguna ermita de los Apeninos?

¿Cuál sería la voluntad de Dios? He aquí lo que le interesaba saber. Un impulso misterioso le lleva en peregrinación a la Santa Casa de Loreto para implorar luz y fuerzas. Fue solo. Pobre como Job, enflaquecido el rostro por el sufrimiento, fue insultado y escarnecido por la chiquillada. Muchas veces le tomaron por un vagabundo y la policía le salió al paso algunas veces. Mas todo lo venció con su paciencia de santo.

¡Qué felicidad para un judío convertido alojarse en la casa en que el Verbo Divino se encarnó! Allí estuvo una semana. La luz se hizo plena. Recibió la fuerza necesaria para llevar a cabo obra tan gigantesca. Y obtuvo tal vez, por añadidura, la cura de su enfermedad. Sea como fuere, lo cierto es que atribuía a la Virgen de Loreto la gracia de las Órdenes Sagradas ¹¹.

Volvió a Francia y fue admitido por Monseñor Raess en el Seminario de Estrasburgo. El 23 de febrero de 1841, recibió el subdiaconado y el diaconado y, después de un fervoroso retiro, fue ordenado sacerdote el 18 de septiembre de 1841. El 27 de septiembre se inauguró el noviciado de la Neuville, de la nueva Congregación. Al principio tenían escasez de todo. Por turnos iban a la fuente pública para recoger agua. En la cocina todos hacían de cocineros por turnos. Un día el cocinero se puso a orar y a las once debían ir todos a una conferencia. El cocinero fue a ver al padre Libermann y le dijo: *Me puse a orar ante el crucifijo y se me pasó el tiempo. Ni siquiera encendí la lumbre.* Libermann sonrió, juntó los papeles en los que había escrito los puntos de la conferencia y exclamó: *Señores, hoy no hay conferencia y se fue a preparar la comida.*

Le Vavas seur cuando le tocó de cocinero, coció una gran olla de zanahorias para toda la semana, así ahorraba tiempo y leña. Pero al cabo de dos días, encontró las zanahorias ácidas y con moho y tuvo que cambiar de sistema.

PADRE LAVAL

El padre Laval en S. Sulpicio conoció a Libermann, Le Vavas seur y Tisserant cuando se enteró del proyecto de la “Obra de los Negros” se apasionó

¹¹ Ib. pp. 84-85.

por ella. Su anhelo era ser misionero entre los negros. El 6 de junio de 1841 partió para la isla Mauricio, en el Océano Índico, en compañía de Mons. Collier, Vicario Apostólico, después de haber celebrado una misa en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias y de haber hecho voto de obediencia ante Libermann. Misionero evangélico, despojóse de todos sus bienes, que no eran pocos, dando una gran parte a Libermann para la fundación del Noviciado. Como equipaje llevaba el Crucifijo y el Breviario. Circunstancias imperiosas aconsejaron a Libermann dejarlo partir antes de la apertura del noviciado.

Fue entre los negros de Mauricio, recientemente emancipados, lo que S. Pedro Claver entre los negros del Nuevo Mundo. Oraciones prolongadas delante del Santísimo Sacramento, mortificaciones de anacoreta, visitas a las chozas, catequesis, caridad inagotable, dedicación total a las almas; ésta fue la vida del primer misionero de la escuela de Libermann. De él se puede decir que unió a la vocación más perfecta, a la santidad más profunda, al desprendimiento más absoluto, los métodos de apostolado más apropiados. Tanto impresionó a los indígenas, que éstos decían ingenuamente “no haber en los libros un santo como su Padre”.

Cuando llegó a la isla, apenas veinte personas asistían a sus pláticas. A la hora de su muerte se comprobó que había convertido 67.000 almas. Murió el 9 de septiembre de 1864, fiesta de S. Pedro Claver. Cuarenta mil negros asistieron a su entierro, en un verdadero cortejo triunfal. Su sepulcro se convirtió en un lugar de peregrinación, donde anualmente afluyen cerca de 150.000 personas, entre ellas muchos paganos y musulmanes. Se le atribuyen muchos milagros. La Sagrada Congregación de Ritos estudia el proceso de su beatificación.

Tal fue el primer misionero de la Congregación del Sagrado Corazón de María, el padre Laval

PADRE LE VAVASSEUR

El segundo misionero fue el P. L. Vavasseur, que partió para la isla de Borbón (Reunión), su tierra natal, el 16 de febrero de 1842. Un año después se reunirán con él sus compañeros, los Padres Collin y Blampin.

Animado de extraordinario celo por las almas abandonadas, en breve se granjeó gran popularidad y el honroso título de “Padre de los Negros”. Nigon de Berty, alto funcionario del Ministerio de Cultos depuso en estos términos en el proceso de beatificación del P. Libermann: “El P. Le Vavasseur prestó relevantes servicios a la Colonia, facilitando, por su influencia y por su enseñanza, la emancipación de los negros, que allí se realizó fácilmente, gracias

a él. Atribuyó este éxito del misionero a la esclarecida dirección que recibió de su Superior, el P. Libermann”. En la Reunión había 65.000 esclavos.

PADRE TISSERANT

También al Nuevo Mundo se extendió el celo del P. Libermann, que el mismo año de 1842 mandó al P. Tisserant inaugurar la Misión de Haití. Sólo en agosto de ese año había alcanzado del Arzobispo de París la autorización para entrar en la Congregación. Antes había sido vicario parroquial y subdirector de la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias. El P. Tisserant embarcó el día 12 de noviembre de 1842.

Como la situación de Haití era muy confusa, se detuvo en la Martinica. Sólo en agosto de 1843 pudo entrar allá. Poco después escribía al P. Libermann: “Toda la gente aquí suspira por la reforma del clero, pero el Gobierno no está dispuesto a ceder en la autoridad que usurpó en los negocios eclesiásticos. Los protestantes procuran hacerse agradables, abrir escuelas y suplantar la religión católica. Me parece que sería bien acogida la formación de un clero indígena”.

Libermann sonrío satisfecho ante esta idea y llega a proponer al cardenal Franson la fundación de un Seminario para jóvenes de Haití.

Y allá fueron tres misioneros más. Todo parecía encaminarse para mejor. El Gobierno reconoció al P. Tisserant como “Jefe de la Iglesia Católica en Haití”, título nada canónico, nada romano, pero que el P. Tisserant aceptó bajo reserva. Entretanto, venía para curarse de los estragos de la fiebre amarilla, de la que era víctima, y tratar de varios asuntos.

Recorrió Francia y Bélgica, no en viajes de recreo, sino de reclutamiento de misioneros. Consiguió que las hermanas de S. José de Cluny fuesen a Haití, adonde volvió en febrero de 1845 con cuatro misioneros más. Iba lleno de esperanza, pero encontró hostil al gobierno y el país amotinado. Dos meses más tarde se retiraba a Europa con todos sus compañeros. Hubo que esperar hasta

1871, cuando se establecieron definitivamente, siendo Superior general el padre Schwindenhammer ¹².

El 13 de septiembre de 1843 embarcaron para Burdeos los misioneros: Padres Bessieux, Régnier, Audebert, Roussel, Bouchet, Mauricio y Pablo Laval. A última hora se les juntaron tres auxiliares seculares, que no eran ni religiosos ni asalariados, sino voluntarios que, a la invitación del P. Bessieux, aceptaron partir con los misioneros, sin saber de cierto qué iban a hacer en las misiones: Gregorio Sey, Juan Fabo y Andrés (no se sabe el apellido de éste). Gregorio sería más tarde Hermano Auxiliar.

Allá van nuestros misioneros llenos de coraje y de fervor, camino de África, en el velero “Deux Clémentines”, de 250 toneladas. Mons. Barron partirá sólo dos meses más tarde. En el Noviciado de La Neuville se rezaba con ardor y se abrigaban esperanzas.

Cinco meses pasaron sin noticias de los viajeros. Corrían rumores de un naufragio. En La Neuville comenzaban a inquietarse. Hasta que el día 1 de marzo de 1844 llega una carta de Mons. Barron, escrita desde Gorea el 9 de enero.

Estaba previsto que los misioneros se dividiesen en dos grupos: los Padres Régnier, Audebert, Laval y Mauricio debían desembarcar en Gorea y fundar la Misión del Senegal; los Padres Bessieux, Roussel y Bouchet continuarían el viaje hasta el Cabo de las Palmas, para fundar la Misión de la Guinea.

Por una equivocación y mala interpretación de una carta del P. Libermann, no se dividieron y fueron todos a desembarcar en el Cabo de las Palmas. El viaje fue penoso, sobre todo desde Gorea hasta el Cabo de las Palmas. Los Padres Bouchet y Laval habían tenido fiebre, pero ahora estaban todos en el Cabo de las Palmas, asistidos por el P. Kelly. Estas fueron las primeras noticias, incompletas. Después, espaciadamente, se iban conociendo los pormenores de la gran tragedia.

Los diez viajeros fueron acomodados en una sala del navío, juntamente con grumetes y perros de a bordo. Siempre fieles a los ejercicios de la regla y llenos de celo, catequizaron a algunos marineros y les llevaron, así como a un segundo oficial de a bordo, a hacer la comunión. El día 10 de octubre llegaron a Gorea, donde fueron recibidos por el padre indígena Fridoil, único sacerdote de la parroquia. Después de una breve visita a Dakar, volvieron a bordo, de donde no volvieron a salir, por miedo a las fiebres. El navío prosiguió su ruta el 26 de

¹² Ib. pp. 98-102.

octubre, rumbo al Cabo de las Palmas, donde desembarcaron el día 30 de noviembre.

El P. Kelly no contaba con recibir tanta gente, pero les acogió fraternalmente y les acomodó lo mejor que pudo. Los Misioneros procuraron desde aquel momento ponerse en contacto con los nativos, organizaron una gran procesión y se entregaron al estudio de la lengua indígena. Pero el sitio era malsano, la estación la peor del año y, para colmo de males, no había médico. Sin experiencia, continuaron usando el sombrero y las ropas de Europa, practicaron largamente la mortificación y, a pesar de las provisiones abundantes que el P. Libermann les había hecho llevar, con paternal solicitud, adoptaron el régimen de los indígenas.

Los resultados no se hicieron esperar. Uno a uno fueron enfermado gravemente. El primero en sucumbir fue el P. Régnier, primera víctima de la nueva Sociedad Misionera en la redención del África. Presintiendo la proximidad de su muerte, escribió este conmovedor y postrero adiós: “Digan a mi familia y a mis amigos que me siento muy feliz de haberlo dejado todo por nuestro divino Maestro. Si tuviese que comenzar, gustosamente aceptaría aún mil veces el sacrificio. No cambiaría mi suerte por toda la felicidad del mundo”. Y al morir dictó estas palabras para el Superior de La Neuville: “¡Adelante, querido Padre! Cuando todo parezca perdido, María se nos mostrará”. Murió el día 30 de diciembre.

El P. Kelly no pudo más y se marchó a América. De aquella esperanzadora leva de misioneros que partieron de Burdeos el día 13 de septiembre de 1843 tan sólo dos sobrevivieron de la hecatombe: el P. Bessieux y el Hermano Gregorio. Era preciso que muchas víctimas fecundasen el suelo africano, que muchos granos de trigo muriesen..., para poder contemplar hoy las mieses que se doran, las cristiandades florecientes en las tierras de la Raza Negra.

Desanimado, Mons. Barron pidió la dimisión de Vicario Apostólico y regresó también a América. Entretanto, los dos supervivientes obtuvieron pasaje en un navío francés y se dirigieron para el Gabón, donde llegaron el 28 de septiembre de 1844. Con ellos continuaba de esta manera la Misión de la Guinea.

El desastre de la primera misión africana amargó profundamente el corazón de Libermann. Pero no retrocedió ni se enfrió en su amor al África. “¡Oh ¡infeliz Guinea! —exclamaba—, pareceme que la tengo dentro del corazón. La desgracia de estas pobres almas me abrumba. ¿Será preciso abandonarlas? No, nunca. Moriría de dolor. Estoy persuadido de que nuestros

misioneros, que tan prematuramente cayeron en el campo de lucha, fueron víctimas que Dios quiso que enviásemos a aquellas tierras, para atraer sobre ellas sus bendiciones divinas. Vi en este acontecimiento una marcha providencial. Todas las precauciones tomadas resultaron inútiles. ¡Designios de la Providencia!”.

Los novicios se mostraron dignos de tal jefe. Todos a una querían partir para Guinea. Fue preciso moderarles el encendido entusiasmo.

Pero Dios y el África infiel reclamaban más víctimas.

NUEVA TENTATIVA

El P. Libermann había recibido de la Congregación de Propaganda el encargo de la Misión de Guinea, y carta blanca para nombrar un Prefecto Apostólico. Resuelve entonces mandar a Gorea una segunda expedición misionera, constituida por el P. Tisserant, con el título de Prefecto Apostólico, los Padres Briot y Arragón y el Hermano Pedro, todos venidos de la malograda Misión de Haití. Una de las recomendaciones que los misioneros llevaban era la de abrir una escuela para seleccionar niños negros que después quisieran cursar en Europa los estudios eclesiásticos. Persiste en el ánimo del Fundador la idea del clero indígena. Opinaba por entonces que África sólo podría ser eficazmente evangelizada y cristianizada por los propios africanos.

Los misioneros embarcaron en junio de 1845. El Prefecto Apostólico enfermó y sólo pudo partir a finales de noviembre, en el navío Papin. Asaltado por una violenta tempestad, el navío naufragó el 7 de diciembre, ante el Mogador. Perecieron la mitad de los pasajeros. El P. Tisserant, una de las víctimas, se portó heroicamente, dedicando los últimos instantes de su vida a absolver a los compañeros de desgracia, y a bautizar a un judío, que en aquella hora suprema quiso hacerse cristiano. Así acabó los días este misionero que el P. Libermann consideraba uno de sus más valiosos colaboradores. Para sustituirle se designó al P. Gravière.

Al fin, los misioneros de Libermann se establecieron sólidamente en Gorea, entraron en el continente, abrieron una residencia en Dakar con una estación agrícola y escuela de Artes y Oficios. No fue pequeña la admiración de los Padres indígenas y de los Religiosos y Religiosas, anteriormente allá establecidos, cuando vieron a los nuevos misioneros aprender la lengua de la tierra. Ellos se servían del francés en todas las circunstancias, incluso para enseñar el Catecismo...

Más al Sur, en el Gabón, el P. Bessieux echaba raíces: fundaba una residencia, aprendía la lengua indígena, componía incluso un diccionario, catequizaba, hacía cristiandad. En septiembre de 1845, el venerable Fundador le mandaba otros dos compañeros. Uno de ellos, el P. Le Beurre, iba a ser un gran misionero. Hombre de estudio, de paciencia y de perseverancia, aprendió de prisa y con perfección la lengua e hizo una gramática, que todavía hoy se considera actual.

Poco a poco, los misioneros se iban internando en el corazón del África. La luz del Evangelio, la civilización cristiana, iban iluminando y transformando el continente negro ¹³.

SU MUERTE

En 1851 el padre Libermann tenía mucho cansancio. Tuvo que pasar una temporada en la Comunidad del Gard, pero los negocios y la mucha correspondencia lo retenían en París. En noviembre de ese año se manifestaron algunos síntomas alarmantes, el enfermo digería muy mal. Después de las comidas, caía en una extraña somnolencia y a veces estaba completamente abstraído. El mal aumentó, no podía tomar alimentos. Sufría de dolores agudos y estaba muy postrado. Algún médico pensó en cáncer de estómago. Durante sus últimos días hacía frecuentes invocaciones en medio de los dolores. Cuando le pusieron delante las imágenes de Nuestro Señor, de María y de San José, agradeció con una sonrisa que le colocaran tan buena compañía.

El médico declaró que la muerte estaba próxima y que hasta podía llegar repentinamente. El P. Le Vasseur se dirigió entonces al enfermo:

—Mi buen Padre, Dios os llama.

—Bendito sea Dios—exclamó él.

Dijéronle entonces que era conveniente recibir en esa misma tarde los últimos Sacramentos.

—¿Pensáis que estoy tan grave que no puedo llegar a mañana?

Le confesó el P. Briot. Y el día 27, por la mañana, recibió el Viático y la Extremaunción. El P. Le Vasseur, en un momento en que se encontraba a solas con él, le rogó que tuviera a bien indicar quién le debía suceder en el cargo de Superior General. Le respondió que lo pensaría. Al día siguiente

¹³ Ib. pp. 105-111.

estaban a la cabecera del enfermo los dos Padres que parecían más indicados para recibir la sucesión. El P. Le Vavas seur, que fue el primero que tuvo la idea de la fundación de la Obra de los Negros, brazo derecho de Libermann, íntimamente asociado al gobierno general de la Congregación después de su regreso de Borbón, y el P. Schwindenhammer, Superior del Noviciado y Escolasticado del Gard, otro hombre de confianza de Libermann por su ciencia, espíritu metódico, regularidad y entrega a la obra. El P. Le Vavas seur renovó su pregunta de la víspera. El moribundo se recogió unos instantes, y volviéndose para el P. Schwindenhammer, le dijo estas palabras: “Me parece que es usted, amigo mío, quien debe sacrificarse”.

Vivamente impresionado, el P. Schwindenhammer escribe al Gard: “Nuestro querido Padre yace entre la vida y la muerte. Ya malamente puede hablar... Sólo un milagro puede salvarle. Pidamos ese milagro. Cada cual ofrezca su vida en cambio de la de nuestro querido Superior, ya que todos juntos no la igualamos..”. El día 29 fue a Nuestra Señora de las Victorias a celebrar la santa misa en el altar del Inmaculado Corazón de María, ofreciendo su vida en cambio de la del Padre, que se extinguía.

El día 30 por la mañana, el P. Libermann pidió que le rezasen las oraciones de los agonizantes. Toda la Comunidad se unió en torno suyo. Dio su bendición a la Comunidad, a los alumnos del Seminario Colonial, a la Congregación entera y de un modo especial a la Guinea, a Mons. Bessieux y Monseñor Kobés. Sus últimos pensamientos eran para el África ¹⁴.

El 2 de febrero de 1852, Purificación de Nuestra Señora y Presentación del Niño Jesús en el Templo a las dos horas de la tarde, el moribundo despierta de aquel pesado sueño que duraba desde hacía dos días. Entreabre los ojos. Le presentan el crucifijo y le sugieren las invocaciones: Jesús, José y María. Su mirada se fija en un punto, no se mueve. El rostro, amarillento por la ictericia, se ilumina, se transfigura. Entra en éxtasis. ¿Fue la Virgen que se le apareció? Los circunstantes así lo creen.

A las tres y cuarto de la tarde comienza a disminuir progresivamente la expresión radiante del semblante. La mirada continúa fija en la misma dirección. La respiración se espacia. En la capilla, próxima al cuarto, cantaban el Magnificat de las vísperas solemnes. Cuando se oía el versículo “Et exaltavit humiles” (y ensalzó a los humildes), el Padre Libermann dio el último suspiro y cambió la vida terrena por la feliz eternidad. Durante el canto del Gloria Patri, manos piadosas y trémulas cerraron sus ojos. Era el 2 de febrero de 1852.

¹⁴ Ib. pp. 160-161.

El día 3 de febrero, dos médicos hicieron la autopsia del cadáver y extrajeron la lengua y el corazón, que están religiosamente conservados. La autopsia reveló un hígado muy reducido, endurecido, casi momificado. Los médicos llegaron a la conclusión de que Libermann, desde hacía muchos años, había sufrido horriblemente.

El día 4 se celebraron las exequias solemnes en la capilla del Seminario. Los restos mortales fueron trasladados al cementerio de la Comunidad de Nuestra Señora del Gard. Fueron encerrados, meses después, en un sepulcro especial. Con esta ocasión se abrió la urna y se cortó el índice de la mano derecha, que fue enviado, como reliquia preciosa, a la Misión de la Guinea ¹⁵.

El padre Libermann fundó, para la evangelización de la raza negra, Congregación misionera del Inmaculado Corazón de María con un noviciado floreciente, restauró la antigua Congregación del Espíritu Santo, promovió la creación de Vicariatos apostólicos en África y de diócesis en las antiguas colonias francesas, esparció sus misioneros por la Guayana, por las islas del océano Indico y por la lejana Australia. Cuando murió, tenía la Congregación dos obispos, 58 sacerdotes y 30 hermanos. En Europa estaba tan solo establecida en Francia con la Casa Madre y el Seminario colonial en París, el noviciado y Seminario del Gard y la Comunidad de Burdeos. Tenía misiones en las islas de Mauricio y Reunión, el Vicariato apostólico de las dos Guineas en África occidental y la misión de la Guayana francesa en América del Sur. Actualmente son 3. 000 misioneros en 60 países en los cinco continentes.

Los hijos del venerable padre Francisco María Pablo Libermann se llaman hoy por todas partes Padres del Espíritu Santo o Espiritanos. Al principio se llamaban padres del Espíritu Santo y del Inmaculado Corazón de María, ya que las dos Congregaciones, del Espíritu Santo y del Inmaculado Corazón de María, se fundieron en una sola en 1848.

Su vida fue una gracia inmensa de Dios para las misiones de África y de América del Sur. Hoy sus hijos siguen evangelizando.

Esta introducida la causa para su beatificación y esperamos que pronto sea declarado beato y después santo para gloria de Dios y de la Iglesia. Que Dios nos bendiga con su intercesión.

UN MILAGRO

¹⁵ Ib. pp. 164-165.

La hermana L. de la Congregación de San José de Cluny sufría de una enfermedad de pecho que le impedía salir de la enfermería. El año 1870 se vio también atacada por una enfermedad de garganta, que el médico declaró incurable. Su estado de debilidad impedía la intervención quirúrgica. Como no podía deglutir se esperaba que muriese de hambre. Haciéndose imposible la ingestión por las vías naturales, el médico intentó alimentarla por medio de una sonda, primero, por la boca, después por la fosas nasales en balde. Momentos después, la enferma perdía la voz. Después de una novena a Nuestra Señora se consiguió que la enferma soportase con mayor resignación sus crecientes sufrimientos. Cuatro días más tarde, las religiosas comenzaron una novena al venerable Libermann y pusieron al cuello de la enferma una reliquia del siervo de Dios. El último día de la novena su estado empeoró y ella recibió los últimos sacramentos. La moribunda abrigaba esperanzas y no tardó en recibir el premio de esa confianza inquebrantable. A las dos horas cayó en una especie de sopor. Se le apareció Libermann radiante de gloria, y le colocó tres dedos sobre la cabeza, después sobre el pecho, como si quisiera arrancarle el corazón y toda la parte enferma. Sintió fuertes dolores y dio un grito. Estaba curada.

Fue declarado venerable el 19 de junio de 1910.

&&&&&&&&&&&
Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org